

Aquellas luces de neón

Chuño y maíz cancha.

Siempre vinimos a comprar chuño y maíz cancha. Aún antes de la epidemia e incluso antes de la remodelación, en tiempos en que éramos niños -los niños de los *otros*, de los extranjeros, de aquellos a los que había que esconder, de los ilegales-. Llegábamos en tren, comprábamos chuño y maíz cancha. Si se podía, también un vaso de dulce mocochinche. Hoy ya somos adultos y los niños son los nuestros, que siguen siendo los niños de los *otros*, aunque en esta época ser el *otro* es muy distinto. Ya no nos esconden, ahora nos exhiben.

La remodelación trajo consigo la espectacularidad de la diferencia. Somos los otros, somos los raros, somos los colores estridentes y los sabores olvidados de la tierra. Y es que esa reforma puso neones fluorescentes para iluminar los desfiles, pero mantuvo las sombras sobre lo que siempre estuvo oculto: que nunca fuimos tan distintos ni en los colores, ni en los sabores, ni en los olores ni en nada.

La epidemia, por su parte, aportó la distancia. Y entre ellos y nosotros -incuestionablemente análogos- alzó una barrera invisible, una membrana protectora; corrientes de velos profilácticos y expresiones esterilizadas. Y aunque la ola de contagios haya pasado, quedaron algunas costumbres, como la homogénea imagen de los rostros cubiertos de plástico. Y entonces para distinguirnos, las luces de neón y el bus turístico que señalan desde arriba los colores estridentes. Colores que son verdades a medias, nombres inventados, fantasías de una identidad ignorada.

Este rincón de la ciudad -que nunca fue de nadie, pero es de ellos, aunque digan que nos representa a nosotros- se colma de turistas en sus burbujas que buscan la experiencia de lo nuevo, de lo exótico. Ciegos para ver que hemos estado siempre aquí, junto a ellos, comprando chuño y maíz cancha. Y si se podía, también un vaso de dulce mocochinche ■